

La masculinidad en la novela. Un análisis de *Al filo del agua* de Agustín Yáñez

Nelson Minello Martini

¿Qué podemos entender por masculinidad? Por supuesto que la respuesta más acabada —no final, porque no hay final en la investigación social— estará dada al terminar la investigación. Digamos por ahora que la masculinidad es una mezcla compleja de normas y valores, representaciones y prácticas, que tienen expresión en el mundo del trabajo y en el del tiempo libre, de los géneros, del poder, de la vida cotidiana, en el cuerpo y sus movimientos, en la vestimenta, en el habla, en el parentesco y la familia, en el mundo simbólico, político, legal... en fin, en todos y cada uno de los aspectos de la vida de un varón.

Los estudios de masculinidad son escasos en México. A ellos hay que recurrir, por supuesto; pero también a otras fuentes. Considero que es mucha la bibliografía que, sin dedicarse específicamente a la temática (entre otras cosas, porque cuando se produce no se había acuñado la categoría), puede arrojar luz sobre la problemática. Aquí pueden encontrarse obras antropológicas, de psicoanálisis, literarias. Para este artículo se escogió un trozo de la novela de Agustín Yáñez, *Al filo del agua*, cuya acción transcurre a principios de siglo.

Al filo del agua se terminó de escribir en 1945 y se publicó en 1947; está ambientada en vísperas de la Revolución de 1910 y en un pueblo de provincias que no tiene nombre pero evoca, como el mismo autor lo ha señalado alguna vez, la región de Los Altos de Jalisco. Por lo que se dice en la novela y en las entrevistas, *Al filo del agua* puede ser visto también como una que refleja la realidad de la época en que fue escrita (y posiblemente épocas más cercanas a la actual).

Veamos primero una descripción general del escenario donde transcurre la acción, para luego concentrarnos en las descripciones de varones y mujeres, junto con un apartado sobre sexualidad, amor y matrimonio (que en mi opinión es ilustrativo acerca de las interrelaciones de género que nos interesan).

Cuando llega por vez primera al pueblo, el sacerdote Abundio Reyes lo siente como un "...oscuro pueblo de sombras escabullidas, de puertas cerradas, de olor y aire misteriosos! ¡Pueblo de oscuridad y silencio, que aplastaba el ánimo del recién llegado!"

Se cultiva maíz de temporal, sin que haya una situación de miseria, pues "nadie ha muerto de hambre por estas tierras"; el nivel de vida general es bastante homogéneo, pues "los ricos miserables y estoicos, estoicos los pobres, igualan un parejo vivir".

Como muchos otros pueblos de provincia, tiene sus artesanos y tenderos, sus curanderos y sus picapleitos, sus

sacerdotes (todos católicos, apostólicos y romanos) y las asociaciones (Hijas de María, Congregación de la Buena Muerte y otras); junto con ellos, “los usureros; hay muchos y parecen sepulcros blanqueados”.

Es un pueblo no sólo ascético, sino también triste; la novela señala claramente la ausencia —buscada, no accidental o por azar— de todo aquello que roce, de alguna manera, con el erotismo, con la vida: no hay “billares, ni fonógrafos, ni pianos» y de sus casas «no escapan rumores, risas, gritos, llantos; [es un] Pueblo sin fiestas... sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustias... Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamiento: nunca, nunca. Las familias entre sí se visitan solamente en caso de pésame o enfermedad, quizás cuando ha llegado un ausente mucho tiempo esperado”.

El mundo público es de los varones, aunque lo frecuenten poco:

■ Hay sí, hombres en las esquinas, en las afueras de los comercios, en las bancas de la plaza; son pocos, y parcos de palabra; parecen meditantes y no brilla en sus pupilas el esplendor de la curiosidad que acusara el gozo de la calle por la calle. Mientras que para las mujeres... Las calles son puentes de necesidad. Para ir a la iglesia. Para desahogar estrictos menesteres. Las mujeres enlutadas llevan rítmica prisa, el rosario y el devo-

cionario en las manos, o abrazadas las canastas de los mandados. Hieráticas. Breves, cortantes los saludos de obligación. Acaso en el atrio se detengan un poco a bisbisear, muy poco, cual temerosas.

Este ascetismo en las costumbres, sin embargo, tiene también un atisbo de resistencia. El autor nos dice a continuación de las líneas citadas inmediatamente arriba: "Pero habrá que fijarse bien, mucho, para ver cómo algunas veces llegan a las puertas, lentamente, y se diría que no tienen ganas de que se les abran, y entran con gesto de prisioneras que dejan sobre la banqueta toda esperanza. Habrá que fijarse bien. Quizá suspiran cuando la puerta vuelva a cerrarse".

Las costumbres del pueblo señalan que:

■ Aun entre parientes no es bien visto que hombre y mujer se detengan a charlar en la calle, en la puerta, ni siquiera con brevedad, y más aún si el hombre o la mujer van a solas; cosa no frecuente y menos tratándose de solteras, que siempre salen acompañadas de otra persona.

■ La iglesia es el lugar público donde concurren varones y mujeres, de toda edad, por igual; sin embargo, incluso en ella la separación de sexos es rigurosa. ...el lado del Evangelio queda reservado exclusivamente para los hombres, y el de la Epístola para el devoto

femenino sexo como si el sitio sagrado no fuera suficiente para evitar el pecado de "la carne" y la lujuria si varones y mujeres compartieran, mezclándose, un mismo espacio.

De todas formas, es fundamentalmente allá, en el mundo de la iglesia que los varones miran a las mujeres, donde éstas se sienten miradas-deseadas. El atrio es el lugar de encuentros "casuales" donde los y las jóvenes intercambian miradas, a veces algunas palabras, quizá un billetito rápidamente escondido.

En esta atmósfera asfixiante, de control continuo y prácticamente total, la sensualidad, el goce de los sentidos, penetra por todos los poros de la vida societal: "El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas... Los deseos, los vívidos deseos, los deseos pulidos y el miedo, los miedos, rechinan en las cerraduras de las puertas, en los goznes resecos de las ventanas; y hay un olor suyo, inconfundible, olor sudoroso, sabor salino... por todo el pueblo, a todas horas..."

Aunque todos están, en la mayor parte de la acción, encerrados en sus casas, hay una visión general, de todos por todos; el escenario es, paradójicamente, panóptico. En este mundo oscuro, regimentado por la Iglesia, la emoción común (en el doble sentido de más presente y de compartida

por todos/as) es el miedo, que les impide constituirse como seres independientes pero al mismo tiempo los protege, pues los miedos alguaciles, loqueros, habrán de [sujetar a los invisibles demonios] con camisas negras y blancas, en cadenas de hierro, al conjuro de las campanas y a la sombra de los trajes talares.

¿Cómo son los varones?

Aunque Yáñez comienza hablando de un “pueblo de mujeres enlutadas”, los varones están presentes en este escenario. El autor nos muestra jóvenes como Damián Limón, que luego de migrar hacia Estados Unidos regresa con “fama de dominador y bien corrido”, de galán violento, «atropellada fuerza sin respetos», buen mozo y deseable, al tiempo que conoce alternativas a la opresión pueblerina. Jóvenes también son Luis Gonzaga Pérez, cuya vida se confunde entre la excentricidad mística y la locura que lo lleva a la automutilación, o Gabriel el campanero con alma de artista, que se salva huyendo del pueblo.

Hay también hombres maduros, casados, con familia, cuyas imágenes son más borrosas que las de los jóvenes mencionados, excepto, quizá, Timoteo Limón, hacendado y prestamista, o Román Capistrán, uno de los dos directores políticos que tuvo el pueblo; el primero de los nombrados es retratado en el segundo capítulo pero aparece frecuentemente a lo largo de toda la obra.

En cambio hay un anciano, de nombre Lucas Macías, cuya figura está más dibujada; es la memoria histórica del pueblo, la conciencia popular, que conoce el pasado pero sabe ver el futuro, las desgracias y también la Revolución. Macías es algo así como un coro griego unipersonal y, como aquéllos, sereno y trágico a la vez.

Otras figuras masculinas están constituidas por los distintos sacerdotes: el cura párroco, Dionisio María Martínez, a quien Monsiváis llama "señor de horca y cuchillo de las almas"; sus colaboradores: los padres Reyes (el más joven, algo liberal, que dialoga con "los norteños", y hurga en la correspondencia y las lecturas del pueblo), Islas (el guardián de la pureza doctrinal y director espiritual de las Hijas de María, misógino, obsesionado por el pecado sexual), Vidriales, Ortega, Rosas. Los más dibujados, además del párroco, son los padres Reyes e Islas.

En términos generales, la figura de los hombres está dada así por Yáñez: "Afeitados los varones, viejos de cara cenceña, muchachos chapeteados, muchachos púldos, de limpias camisas, de limpios pantalones; limpios los catrines, limpios los charros, limpios los jornaleros de calzón blanco, donde la limpieza es un valor destacado".

Al mismo tiempo, María —una de las dos sobrinas del cura párroco—, refiriéndose a Román Capistrán, que había sido jefe político del pueblo, lo describe como se cita, en palabras que pueden leerse como una descripción general

de un varón deseable: "...atractivo, vigoroso, desenfadado; la buena salud, la buena sangre le asoman por los colores y tersura del cutis; barba poblada, ojos claros, nariz fina, cejas nobles, pelo dócil, boca franca, dentadura luciente y canas que le dan majestad patriarcal; hombre fuerte, habituado al trato de las gentes, fácil de ademanes, contagiosa su risa, pronta su palabra y bien entonada..."

Por otra parte, los varones debían mostrarse y actuar como tales, ser conquistadores con las mujeres, incluso de manera agresiva. En un momento de la novela, Lucas Macías (utilizando el frecuente artificio de referirse a otro pueblo, pero aplicando el dicho al presente) ridiculiza a los varones que no son capaces de conquistar—incluso por la violencia, como señal— a las mujeres, y dice: "Donde los levantados... no se llevaron ni una muchacha, por lo que la gente, y más las mujeres, dieron y tomaron en decir que los revolufios no eran hombres, que serían de los otros. Ji, ji, ji..."

El papel de los varones (padres, hermanos) es custodiar la honra de la familia, pues no hay dolencia en el pueblo como la del honor mancillado: preferibles todas las agonías, todas las miserias y cualquier otro género de tormentos.

Esta custodia del honor de sus mujeres (hermanas, hijas) llega hasta la muerte:

■ ...qué me dicen de tantos que han matado a sus yernos, ya bien casados, pero no perdonándoles que se

Llevaran a las muchachas? ...ese don Pedro [Romo] tuvo cinco hijas y tres hijos; lo que las muchachas eran de pretendidas, don Pedro y sus hijos eran de celosos, que no más se vivían bebiéndoles el respiro y cuidándolas, que no hablaran ni vieran a ningún hombre, que no salieran a ninguna parte; dicen que ni a la iglesia las dejaban ir sino bien escoltadas y que ni les cuadraba que se arrimaran al confesionario; apenas maliciaban que alguno se quería resbalar, le sacaban pleito, pistola en mano; si lo volvían a ver, llegaba la sangre al río; nomás por la mayor hubo dos muertos... e incluso cuando las muchachas huidas eran depositadas en un curato y luego se casaban [mecanismo previsto en la legislación eclesiástica cuando hay oposición paterna], desconocían a ellas y a los nietos: la muchacha se fue con el fulano, quedó depositada en el curato de Apozol, se casaron al fin. Cuando Praxedis [el padre de la muchacha] supo el paradero, sin importarle lo del matrimonio, se fue a buscarlos y sin más mató a su yerno, y dejó abandonada a la muchacha; ésta tuvo en tiempo un hijo. Praxedis... siempre negó que hubiera tenido una hija; y cuando más no podía la llenaba de los peores insultos.

Vinculado a esto, el papel del padre es decisivo en la vida familiar; la figura paterna aparece dibujada con rasgos

severos; entre otras personas, el de María. Condenado a un mes de trabajos forzados va, luego de cumplida la pena, a agradecerle a María su intervención ante la turba y ante el cura párroco y el padre Reyes. En este encuentro platicaron de las injusticias que sufren los pobres, de la dureza de la vida, de cómo parecía muerto el sentimiento de hacerse respetar y defenderse valientemente. “—Por gallinas merecemos eso y más, había dicho Rito, con amargura... y María piensa ‘—¡Lástima que yo no sea hombre! Parece que ya no hay hombres.—’”

La cobardía es considerada una conducta indigna de los varones; de hecho, femenina. Cuando Damián Limón mata a balazos a Micaela, Ruperto, un exnovio de ésta, jura vengarla. Sin embargo, cuando trasladan al primero a Guadalajara (momento en que podía matarlo, según el decir del pueblo) no aparece. Y el juicio es lapidario (tanto, que lo convierten en mujer, le niegan el género):

—¿Ruperto?

—Bien, gracias.

—¿No le salió al camino? ¿No intentó hacerle algún disparo?

—De Ruperto, ni sus luces.

—Ha de haber estado metido debajo de la cama.

—Vestido de mujer.

En otra parte de la novela uno de los personajes narra su encuentro con un borracho que pistola en mano quería

impedir que alguien pasara por la calle donde estaba. El primer personaje cede a la curiosidad y camina al encuentro del alborotador; para descubrir pronto que se había metido en un callejón de un solo sentido, pues no puede retroceder so pena de ser blanco del desprecio eterno del pueblo:

— ... más que todo, por la curiosidad, no le hice caso a Pedrito y seguí mis pasos... no tardé en oír los cantos y los gritos desentonados del borracho... Seguí caminando... si me volviera, sería peor; más se enva-
lentonará el escandaloso, luego se burlarán todos de mí, sin que nada pudiera quitarme la fama de miedoso, teniéndome por dejado me cargarían la mano, ya nunca me dejarían en paz y tantearían abusar de mi paciencia. ...nomás pelo el cuete, y sigo caminando, sin perderlo de vista (cursivas agregadas).

Aunque causar la muerte del contrincante en una lucha abierta no es mal vista en general, sí lo es la de algunos varones ligados por lazos de parentesco y más la de una mujer. Daniel Limón es denostado por el pueblo: “—¡Maten al asesino! ¡Van a dejar ir al parricida porque es masón! ...Es un monstruo., “Mató a su padre. Mató a una mujer.”

Esta conducta —la muerte de familiares o de una mujer— se convierte además en una falta o pecado colectivo y no recae solamente sobre el victimario, sino sobre todo el

pueblo: cuando sucedió las cosechas fueron malas. El cielo cebó su castigo sobre aquella región que había dado a luz un criminal como Damián, de cuya maldad hablaban hasta los periódicos. Pocas lluvias. Aguda sequía que desde agosto se seguía a septiembre, cosa nunca vista, que hizo palpable la cólera de Dios, no satisfecha con tantas y tantas rogativas, con tantas mandas, con tantos desagravios. La peste asoló el ganado. Los animales perjudiciosos que destruyen las siembras abundaron como hace muchos años no se veía.

¿Cómo son las mujeres?

En este pueblo de mujeres enlutadas, encuadradas en congregaciones religiosas para así controlar (los varones) el peligro de sus sexos, fuente potencial de pecado, las mujeres más claramente dibujadas son Micaela Rodríguez, "la alocada"; Marta "la pobre madre frustrada", sobrina del cura párroco y hermana mayor de María, descrita ésta como "la generosa"; y Victoria, "la sombra perturbadora". A éstas habría que agregar a Merceditas Toledo, presentada por Yáñez como la "celadora de la doctrina e Hija de María recién recibida" que, al tomar una carta de Julián, su enamorado, oscila entre el temor ante el deshonor y el pecado que esa misiva supone y el placer, tercamente ocultado incluso ante sí misma, de sentirse deseada.

María, la mujer intelectual de la novela —única que desafía el misterio de lo prohibido, la lee (a escondidas, por supues-

to) desde el diario católico *El País* hasta libros de viaje y *Los tres mosqueteros* o *El conde de Montecristo*—, analiza a sus congéneres y dice de ellas: “Micaela, su amiga, trivial coqueta... ni las que se casan contra viento y marea, para luego caer en la rutina de las costumbres maritales, ni Mercedes, víctima de un vulgar amor propio... ni Soledad, ni Margarita, ni Lina, ni Magdalena, ni Gertrudis, ni Eustolia, sólo ávidas de sensaciones desconocidas y ansiosas de casarse por mero instinto...” María, entonces, presenta a las mujeres de la novela como seres dominados, que no se constituyen como personas (son un sujeto-objeto, tanto de los deseos de los varones como de la Iglesia, por medio del pecado), capaces de tener instintos (posiblemente deseos) pero no amor.

Como vimos, las mujeres son un objeto propiedad de padres y hermanos primero, de esposos después. Como dice Monsiváis: “la devoción es literalmente el único ejercicio del placer”, y en la novela “Salvo las elegidas, todas proceden como si ser mujer fuese, de modo automático, la eliminación de la personalidad, la rebeldía efímera que solo conduce al vasallaje permanente”.

La única persona entre las mujeres, María “...puede formular y formula categóricamente su antes confusa idea — hecha hoy convicción— de que nadie, nunca, en este pueblo ha sentido pasión de amor —embeleso y locura, entrega sin reservas, dolorosa y dichosa, contra todos los miedos y al impulso de todos los riesgos— ...el amor no es instinto, no

es convivencia rutinaria, no puede hacerse costumbre, no es pasajero deleite del sentido, no es juego caprichoso; el amor es identidad de dos almas, y todo lo demás, añadidura...”

Este trozo no solamente refleja la visión libresca de María, sino que también postula —contra toda la cultura pueblerina— la identidad entre varón y mujer; ambos son iguales y no una subordinada al otro, igualdad que la protagonista recoge al irse con las tropas revolucionarias.

Su hermana Marta, en cambio, es la conocida figura de la maternidad, la “verdadera” misión de la mujer en este mundo, según la idea tan difundida. Por ello, es la catequista de los niños de la parroquia, ha sido la madre de María y será luego a la de Pedro huérfano. Yáñez la llama “Marta veneranda, Marta fiel, Marta laudable, Marta espiritual, Marta del cielo, Marta de los enfermos, Marta de los afligidos, Marta del buen consejo, Marta entristecida por confusa inquietud”.

A pesar de todo esto —o precisamente por ello— el pueblo, como es posible ver en otras culturas, divide a las mujeres en dos tipos (o quizá, mejor, estereotipos): las honestas y “las otras”, nombradas como “esas mujeres”. Las primeras pertenecen, desde los quince años, a la Congregación de las Hijas de María, porque “...es muy mal visto que una muchacha llegada a los quince años no pertenezca a la Asociación del traje negro, la cinta azul y la medalla de plata; del traje negro con cuello alto, mangas largas y faldas hasta el tobillo; a la Asociación en donde unas a otras quedan vigi-

lándose con celo en competencia, y de la que ser expulsadas constituye gravísima, escandalosa mancha, con resonancia en todos los ámbitos de la vida”.

Éstas son las casaderas, las que los padres de los varones consentirán que se unan con sus vástagos. Como dice Timoteo Limón de una ex novia de su hijo Damián:

— habría estado bien para nuera; limpiecita, temerosa de Dios, trabajadora, callada, amante de su casa; con lo trabajoso que va siendo hallar buenas mujeres que sepan cuidar lo que uno tiene y no anden con cuentos mientras las segundas, «las otras», que ni siquiera tienen nombre propio, son mentadas por referencias, al pasar. Ya se habrán ido esas mujeres. ¿Te acuerdas del año que las echamos a fuerzas?

—Dizque anoche salió la última [...] Dios quiera que nunca volvieran. El mejor día nos atraen con su mal vivir un castigo del cielo y por sus pecados no quede piedra sobre piedra.

—Cuando uno menos las espera va sabiéndose que andan por allá de vuelta.

Esta división de las mujeres en dos categorías polares es muy visible en el recuerdo que tiene el cura párroco de la confesión —«hace dos cuaresmas»— de Justino Pelayo, cuando están enterrando a su primogénita. Pelayo, un personaje aparen-

temente poco importante en la novela, que aparece sólo en esta ocasión, distingue entre el deseo y el deber conyugal, entre la tentación pero también la vida, lo vital, al ir con las prostitutas, y el deber-ser, el papel de esposo trabajador, dedicado, fiel, la imagen de una esposa sumisa, a la que de alguna forma debe respeto:

— ...una noche, vencido por la tentación, echó los pasos rumbo al río en busca del pecado, escondiéndose de la gente y de sus propios pensamientos, a punto de volverse varias veces, hostigado por deseos, vergüenzas y temores; lo perseguía la imagen de una mujer llegada esa semana, cuyos encantos y placeres circulaban en secretas conversaciones; pero la imagen de su buena esposa, de sus pequeños hijos no lo soltaba: ...Los deseos fueron más poderosos y atropellaron sus sentimientos de padre y esposo. ...Traidor que paga placer y compra tristeza. No; más: la certidumbre de que su pecado será funesto. ...él debía confesar su aborrecible culpa, debía confesarse a la esposa y apartarse de sus hijos, no tocar más a la niña mayor.

El castigo, piensa Justino Pelayo, fue la muerte de su hija mayor poco antes de cumplir los once años de edad.

Amor, noviazgo y matrimonio

El amor parece estar asociado con la violencia. Ya hemos visto las conductas de padres y hermanos de

las muchachas casaderas. Yáñez también señala que jinetes misteriosos de carne y sangre transitan en horas avanzadas, rumbo a las afueras, por los caminos aledaños. El pueblo amanece consternado "como si todos los vecinos se sintieran cómplices del rapto".

Pero no les va mucho mejor a quienes formalizan el noviazgo siguiendo los pasos marcados por la costumbre: "Aun las pretensiones en forma, las relaciones cautelosas y bajo todos los respetos y disimulos, aun los pedimentos por boca del cura y apadrinados por vecinos de influencia, caen como centellas devastadoras, hienden el ánimo paterno, hacen llorar a las familias, ponen luto en las casas, ojeriza en los hermanos, cuarentena para el responsable..."

Las novias, aun con los procedimientos más aceptados, son "...una yerba bamboleante y mal tratada; pararrayo de desprecios e inectivas; ¿qué gloria familiar si cediera y a tiempo se arrepintiese!"

Los matrimonios se celebran como en secreto, pues son "...en las primeras misas. A oscuras. O cuando raya la claridad, todavía indecisa. Como si hubiera un cierto género de vergüenza. Misteriosa. Los matrimonios nunca tienen la solemnidad de los entierros» y la novia

"...qué pálida llega a la parroquia en el forzoso amanecer de la ceremonia nupcial y cómo no se atreve a mirar a quien le da las arras y le ciñe al anillo. Qué vergüenza los primeros días. No quiere salir con el marido ni a la iglesia. Cuán exter-

na vergüenza de sentirse madre, brújula de miradas e íntimos comentarios. Qué calvario del matrimonio bajo la hostil, cerrada extrañeza colectiva, tradicional”.

Los varones no escapan a aquellos comentarios: “también los hombres se sienten señalados, marcados por invisibles manos, por miradas capciosas, por reticencias, en los primeros meses matrimoniales... mientras los jóvenes quisieran hablar con los recién casados, y la vergüenza los contiene, los aleja de quienes fueron compañeros de andanzas y juegos”.

Algunas reflexiones

La novela de Yáñez nos presenta distintos modelos de varones (y de mujeres), con rasgos comunes, pero también especificidades. Los varones son proveedores, fundamentalmente del dinero y los bienes para mantener a su familia, pero también proveedores de valores, de ejemplos. No son borrachos, pendencieros, jugadores; sino por el contrario, trabajadores, limpios, honestos, temerosos de Dios. Pero también son violentos, desenfadados, fuertes; deben ser leales con sus amigos, saber guardar un secreto. Deben ser, asimismo, los guardianes de la honra familiar (que pasa, fundamentalmente, por la virginidad de las hijas o hermanas). El amor masculino prácticamente no aparece; a lo más, la sensación de respeto hacia la mujer (y la división de éstas en dos clases: la esposa a la que se le respeta pero posible-

mente no se ama, y “las otras” a las que se desea pero no se respeta). No está de más señalar que en todos los casos los varones tienen una preferencia heterosexual (los homosexuales —recuérdese la reflexión de Lucas Macías acerca de “los revolufios” que no habían robado ni violado a ninguna mujer— no son hombres, aunque parece que tampoco mujeres).

Esto nos permite pensar no en una única imagen de masculinidad sino en la coexistencia, en una sociedad y tiempo dados, de masculinidades, en plural. Si así fuera, tendríamos más dificultades en el análisis de los estudios empíricos sobre masculinidad, pero a la vez podríamos matizar y enriquecer los estudios sociales. No es posible, en la novela de Yáñez, decir bien a bien si esos distintos tipos o subtipos de masculinidades se refieren a la clase social, al ciclo de vida del varón o a otras circunstancias, pero ciertamente estas situaciones tendrán que ser tenidas en cuenta en los estudios empíricos.

Otro punto sobre el que considero importante reflexionar es la exclamación de María acerca de que ya no hay más hombres. Acá el problema no está, me parece, en las características anteriormente citadas, sino en la de no reparar en las injusticias sociales. En este sentido, María adquiere en la novela un género masculino, lo que confirmaría la idea de que el género, como construcción social, no está necesariamente ligado sin más al sexo biológico.